



Seix Barral

Cezanne Cardona

Esto también es una casa





Seix Barral Biblioteca Breve

Cezanne Cardona

Esto también es una casa

DIBÚJAME UNA CASA

Me pidieron que hiciera un dibujo de mi casa y dibujé una ferretería. Saqué cero por no seguir instrucciones. Entonces vivía en una casa de madera encima de la ferretería de mi abuelo, pero pasaba más tiempo abajo ayudando a mi madre. Además, mi abuelo se había mudado con nosotros a la casa de arriba y ya no atendía la ferretería porque se estaba quedando ciego y había perdido las dos piernas por la diabetes; así que vivíamos con la mitad de mi abuelo. Como era imposible dibujar la casa de madera y la ferretería sin mi abuelo, dibujé las piernas cortadas de mi abuelo abajo, en la ferretería, y el torso en la casa de arriba. El problema fue que pensaron que yo era un asesino. Un cruel asesino. Creo

que todos los niños cuando dibujan tienen algo de asesinos.

Con mi madre la cosa era distinta. La dibujé abajo en la ferretería, pero no parecía mi madre porque me tuvo cuando ella tenía catorce años, y la mayoría del tiempo parecía mi hermana mayor. Tal vez por eso prefería que la llamara madre y no mami ni mamá. Con mi padre era más fácil porque mi padre ya no quería ser ni mi padre, ni papi ni papá; iba y venía, o amenazaba con irse a los parques de Disney a soldar montañas rusas o el interior de dinosaurios mecánicos. No dibujé la careta de soldar de mi padre porque no quería que nadie sospechara de todas las veces que me la ponía, especialmente cuando mis padres se lanzaban mercancía en medio de una pelea o en despedida de año, que dormía con la careta puesta para evitar que una bala perdida atravesara el techo de madera y me matara. Tampoco dibujé el hueco de bala del letrero de la ferretería porque parecía más bien un acento mal puesto.

En Toa Baja nada parecía ser lo que era. La Base Naval de Sabana Seca, que quedaba frente a la ferretería, ya no era una base naval, pero no le habían quitado ni el letrero ni la verja de alambre de púas. Ni siquiera las ruinas parecían las ruinas de una base naval porque no había barcos abandonados. Lo único

que hacía pensar que aquello había sido una base naval era el letrero, la escultura de un ancla en la entrada, el mar de pasto, las bolsas plásticas enredadas en la verja de *cyclone fence*, que parecían medusas, y la enredadera de flores lilas que crecía por los alambres de púas como coral en un arrecife. Aquellas flores lilas fueron lo único creíble de mi dibujo, tal vez porque las flores de enredaderas no necesitan casa. Y a mí solo me salían bien los dibujos sin casas o de casas que no parecían casas, como la mía.

No era que tuviera dos casas, sino que allí donde faltaba casa había ferretería y allí donde no había ferretería había casa. Dependiendo del clima o de la época del año, de la temporada de tiroteos o de la furia de mi padre, mi casa podría estar arriba o abajo. Si sonaban la alarma de inundación, nos íbamos a la casa de madera porque era más alta, pero cuando anunciaban huracán nos mudábamos abajo porque era de cemento. En verano podía fabricar una playa con la arena que vendíamos en sacos; en invierno podía fabricar nieve frotando los bloques de *foam* que venían con los regalos. En Navidades ponían un enorme y feo pesebre arriba, al lado del letrero que también era nuestro balcón, pero el árbol de Navidad lo ponían abajo, dentro de la ferretería; y, dependiendo de cómo andara la cosa con mi padre, mi madre

le ponía una estrella o un disco de cortar metal como estrella. Arriba habitaba la mentira, abajo la ficción; arriba éramos gringos y abajo puertorriqueños. Arriba amaba a mi padre, abajo lo odiaba; arriba quería salvarlo de la mordida de un dinosaurio mecánico, de esos que decía que arreglaría si se iba a Florida, pero abajo quería que el dinosaurio mecánico se lo tragara completito. Abajo se les ponían precios a las cosas, arriba no valíamos nada. Arriba éramos gente común y abajo gente de ferretería. En la casa de madera había espacio para colgar dibujos, pero no colgábamos nada. En cambio, en la ferretería no había espacio para colgar nada, pero mi madre prefería colgar mis dibujos en la ferretería. Y, según mi madre, uno es de donde cuelga sus dibujos.

Luego me pidieron que dibujara solo a mi madre y me fue peor. La maestra dijo que mi dibujo era «sucio» porque dibujé a mi madre con las tetas redondas y fuertes, casi de metal, con una camisa corta que mostraba su abdomen y su ombligo en relieve, como una rosa en miniatura, con unos pantalones apretados y bien cortitos, a punto de nalga, el pelo suelto y rizado, con un cigarrillo en una mano y en la otra un látigo. Pero aquello no era un látigo, sino el cable partido del televisor. Le expliqué a la maestra que, en medio de un forcejeo con mi padre, que nos quería

robar el televisor, mi madre haló tan duro del cable que lo partió. «Dile a tu noviecita que si quiere ver televisión tendrá que venir a buscar el cable», le dijo a mi padre y luego dio un azote con el cable en el *counter* de la ferretería.

Aquella fue la primera vez que mi madre ganó una pelea. A partir de ese día mi madre y yo fuimos otros. Yo digo que fuimos turcos porque por esos días daban una famosa telenovela en la que a unos turcos le pasaban cosas parecidas a las que nos sucedían a nosotros, es decir que le pasaban «cosas sucias».

—¿A usted no le han pasado «cosas sucias»? —le pregunté a la maestra y ella abrió los ojos, tal vez porque le habían pasado «cosas sucias» y no quería decirlo, o porque se negaba a aceptar que algo de aquella trama turca, que algo de aquel doblaje, que algo de aquellas balas y de aquellos golpes, que algo de aquellas sobreactuaciones y de aquel paisaje se nos había metido a todos por las venas.

—¿Sabes dónde queda Turquía? —me preguntó y le dije que no, que la culpa de que yo no supiera dónde quedaba Turquía era de ella, que no nos había enseñado en clase casi nada de geografía porque nos ponía a dibujar todo el tiempo. Que te manden a dibujar quita las ganas de dibujar. Lo cierto era que

yo no quería saber dónde quedaba Turquía. Lo único que me importaba era lo que Toa Baja tenía de Turquía o lo que Turquía tenía de Toa Baja; más bien, lo que Esmirna, el pueblo costero de aquella novela, tenía de Sabana Seca: casas pobretonas, casas que eran también negocios, negocios que eran también casas, casas que ya no eran ni casas ni negocios, largos llanos, dos o tres montañas, vegetación unas veces medio seca y otras demasiado verde, y la costa mugrienta similar a Playa Cochino o, en días más azules, a Villa Plebiscito.

Cuando me pidieron otro dibujo, esta vez sobre los oficios, tampoco supe qué hacer. Tanto en la casa de madera como en la ferretería, los oficios cambiaban. Cuando mi madre subía a la casa a atender a mi abuelo era hija y enfermera, pero cuando bajaba a atender la ferretería era empleada y algo esclava. Arriba yo era *bartender* secreto de mi abuelo (una tapita de ron a cambio de una trillita en la silla de ruedas) y abajo era policía de mi madre o espantapájaros de padrastros. Arriba yo le ponía los pañales a mi abuelo, abajo le ponía precio a la mercancía. Arriba era conductor de camiones de basura, abajo era astrónomo.

—Querrás decir astronauta —me dijo la maestra.

—No, eso jamás —le dije.

Y le expliqué que a mí no me había gustado la nueva película de Star Wars, que prefería las viejas, sobre todo aquella en la que la nave Millennium Falcon se metía por un cinturón de asteroides, huyendo de las naves orejonas de los malos, y se escondía en una piedra gigante en la que vivía un enorme gusano. Ellos no lo sabían y, cuando se enteraron, salieron huyendo de allí también y chocaron con toda clase de asteroides. Algo así me pasó una vez en la ferretería. Yo estaba huyendo de mi abuelo, que se había cagado encima y quería que yo lo limpiara, y cuando bajé a la ferretería me encontré en medio de una discusión, justo en el momento en que mi padre le tiraba a mi madre con una lata de cerveza. La lata rebotó en el *counter* y se detuvo en mi frente. Ese fue mi primer asteroide. Lo llamé: «Asteroide Coors Light, 001». Era gris, de ocho onzas y tenía un dibujo de una montaña de dos o tres picos. Me gustaba pensar que aquel dibujo de una montaña me rajó la frente. Desde ese día solo creo en esos dibujos que buscan abrir la piel.

Cuando en la sala de Emergencias le preguntaron a mi madre, ella achacó el golpe a que yo jugaba a los asteroides. Y le creyeron. «¿De qué otra forma los niños descubren la fuerza de gravedad sino así?». Uno de los médicos me dijo que él también

quiso ser astrónomo, pero lo cambió por la medicina. Y de cierta forma era también astrónomo porque se la pasaba cosiendo heridas de asteroides como la mía. Empezó a hablarme del cinturón de asteroides que existía entre Marte y Júpiter, pero en realidad trataba de impresionar a mi madre. Mi madre recordó que había dado un informe oral en la escuela sobre eso y el médico le dio su número de teléfono. Salí con dos puntos de mariposa en la frente y un nuevo oficio.

«Todas las galaxias tienen cinturones de asteroides y este es el nuestro», me decía mi madre cuando ponía en órbita la mercancía para defenderse de mi padre. Y en la ferretería había todo tipo de asteroides, mejores que los de aquella película del espacio, que tenía mucho de novela turca. Por ejemplo, había asteroides que preguntan, asteroides mal hablados, llorones, pesados, livianos, malcriados; asteroides animales, humanos, quejosos, burlones, serios, y raspones. Pero lo más divertido eran los nombres que a veces mis padres le ponían. Por ejemplo, en manos de mi madre, un destornillador de paleta, un pistero de manguera o un *tape* de electricidad se convertía en el asteroide «Aquí tienes, mujeriego de mierda». En manos de mi padre, un chupón de inodoro, un rolo de pintura, una brocha se convertía en el asteroide

«Esto te pasa por celosa». Un mismo objeto podía ser asteroide «Cobarde» o asteroide «Borrachón». Un paquete de hilo de *trimmer* verde o rojo podía ser el asteroide «Jódete» o el asteroide «Lárgate». Casi toda la mercancía pequeña que colgaba de los estantes, entre la entrada y el *counter*, fue alguno de estos asteroides: «Bocón», «No vuelvas nunca más», «Pendejo», «Soy más linda que todas tus amantes», «Abusador», «Perra», «Cabrón», «Cuidado», «Ahí viene un cliente», «Le vas a dar al nene», «Me diste duro», «Me diste en la cara», «Me raspaste», «Me hiciste un moretón», «¡Ouch!», «¡Ay!», «Coño», «Carajo», «Sóbate», «¿Ah, sí?», «¡Ya verás!», «Jaja», «No me diste», «No me dolió», «Fallaste». Cuando mi abuelo escuchaba el escarceo gritaba desde arriba para que mis padres dejaran de pelear o se pusieran a trabajar o alguien subiera a atenderlo. Así que sus asteroides se llamaban «Trabajo», «Negocio», «Cliente», «Hambre», «Baño», «Caneca», «Pañales», «Insulina».

A la maestra se le aguaron un poco los ojos mientras le contaba, tal vez porque ella también había escuchado el nombre de alguno de esos asteroides. Si algo yo conocía bien era el nombre de esas lágrimas que no dejan salir a otras lágrimas o que no se creen lágrimas. Y le miré el rostro a la maestra a ver si tenía una herida como la mía en la frente.

—¿Su hijo también quiso ser astrónomo? —le pregunté.

—Ese oficio es muy feo porque no es de Dios —dijo la maestra.

—¿Un «oficio sucio»? —pregunté.

—Sí, muy sucio. Mejor búscate otro —me dijo.

Entonces le conté que, por las mañanas, desde la casa de madera, me gustaba ver a los conductores de camiones de basura subir la cuesta, detrás de la antigua Base Naval, hasta la punta de la montaña para depositar la basura. Uno es también las montañas que mira. Además, como mi madre me tuvo cuando tenía catorce años, me decía que, si yo llegaba a esa edad y todavía no tenía novia, me iba premiar llevándome a la cima de esa montaña para mirar el paisaje como lo haría Dios. Así que si existía un oficio sucio y lindo a la vez era ese. Solo había que taparse la nariz de camino, y creo que se puede conducir tapándose la nariz. Como Toa Baja tenía pocas montañas, estaba casi seguro que aquella era la montaña más alta o estaba a punto de serlo; todas las mañanas una bolsa de basura más alta. Me gustaba imaginarme cómo se veía Toa Baja desde aquella altura: una serpiente roja en vez de carros en el tapón de las cinco de la tarde en el expreso 22; una bola de mantecado gigantesca encima de

una barquilla en vez del radar de Punta Salinas; un enorme calamar en vez de la pompa de agua de Levittown; una casa vieja hecha de legos en vez de las ruinas del leprocomio en Isla de Cabra; una nave destructora de las de Star Wars estrellada en vez de la termoeléctrica de Palo Seco; platos de beber agua para dinosaurios en vez de antenas de televisor redondas en los techos; catedrales de pasto en vez de parques de pelota abandonados; una gran jaula hecha de rejas para que mi padre no se fuera a Florida en vez del mapa de rejas que mi padre instaló por todo el municipio. El problema era que, a la hora de dibujarlo, el vertedero no parecía un vertedero porque estaba en el pico de una montaña y la tierra con la que tapaban la basura la hacía parecer una montaña recién nacida.

A la maestra le gustó el paisaje, pero me pidió que buscara otro oficio; me dijo que yo podía ser un poco más que un conductor de camiones de basura, que me buscara algo más sencillo y bonito porque esos dibujos se iban a exhibir y lo verían otros padres. Y ningún padre quería ver dibujos «sucios» como los míos, a menos que fueran los dibujos «sucios» de la Biblia o de las iglesias; dibujos de clavos traspasando manos y pies, o de lanzas abriendo costados, de donde salía un chorrito de sangre que caía

a su vez en una copita, como si fuera vino. ¿Qué más «sucio» que eso?

Dios se entiende mejor dibujando. Eso me dijo el Padre Darío una vez, uno de nuestros mejores clientes en la ferretería. Yo tenía la idea de que Jesús no fue al desierto a orar, sino a hacer dibujos «sucios» en la arena del desierto. Es decir, Jesús fue al desierto a hacer un dibujo de los oficios porque ninguno de los dos oficios que le tocaron le gustaban. O le gustaba más el primero que el segundo y lo supo demasiado tarde. El segundo oficio era el más difícil de todos, que era dejar que lo mataran para luego resucitar. Pero el primer oficio era más sencillo y divertido: convertir el agua en vino obligado por su madre. Si no lo hacía, su madre lo castigaba en el cuarto, aunque creo que Jesús nunca tuvo un cuarto, ni siquiera tuvo casa (al menos nadie, ni siquiera el Padre Darío, me ha podido decir cuál era su dirección y tal vez por eso no se llevaba bien con el asunto de los oficios). Y pensé que, como mi madre me había prometido que iríamos a rescatar el televisor que mi padre nos robó, le dije a la maestra que no tenía que esperar a ser grande para tener un oficio; que mi madre y yo podíamos dedicarnos al oficio de rescatar todos los televisores que los padres les han robado a sus esposas o a sus hijos. Sería un oficio digno y «sucio»

a la vez porque usaríamos cables de televisor como armas, como el látigo que usó Jesús para sacar a los mercaderes del templo. En vez de cazarrecompensas con pistolas, seríamos cazatelevisores o vaqueros televisivos o, mejor: vaqueros de ferretería.

Entonces, tomé el papel y el lápiz: dibujé, dibujé y dibujé, y volví a sacar cero.